



En Estados Unidos, dada su inmensidad geográfica, uno le pierde el miedo a las distancias. Es lo que tiene. Por eso parto a visitar a un escritor que vive a cuatro horas de camino con la misma naturalidad con que antes bajaba en Madrid al bar a por tabaco. Como el protagonista de *El Médico*, Rob J. Cole, pero en versión garrafón, afronto mi personal *schlep*: una travesía que me llevará a recorrer los campos nevados de Nueva York, Connecticut y Massachusetts. El termómetro del coche marca 0 grados (ni frío, ni calor) de los del señor Fahrenheit. Para entendernos: dieciocho bajo cero en el lenguaje de Florenci Rey. El hielo, como un barniz de doble capa, cubre los árboles, los tejados de las casas, las guaridas de los mapaches y

la grava de las cunetas. El viento polar ha caramelizado el paisaje. Brrrrrr.

Cuando abandono la autopista, dejo atrás una casa de madera construida por algún pionero loco en el XVII y bordeo canales de agua que alimentaban antiguos molinos. Una carretera protegida por arces y abetos me conduce hasta mi objetivo. Es como la urbanización de Willy Wonka, pero cambiando la fábrica de chocolate por un hospital puntero. Noah Gordon me espera a la entrada del club social, cerca del huerto común donde cultiva cada año sus tomates. Arreglado pero informal. Pantalón vaquero, camisa azul de algodón y jersey oscuro de lana con cuello redondo. Ah, y en la muñeca un sencillo reloj, artificio que ya mucha gente no lleva porque le basta con mirar la hora en el móvil,

que Noah consultará de vez en cuando; no para meterme prisa, sino para hacerme saber que aún queda tiempo. Le hubiera gustado recibirme en su casa, me comenta con amabilidad, pero las últimas tormentas le han dejado en el salón un repertorio de goteras contra las que pelean en tiempo real algunos albañiles. No pasa nada, le digo. ¡Qué va a importar! Me siento como Luis Miguel Dominguín el día de su primera cita con Lucía Bosé: deseando que termine el encuentro para poder salir corriendo a contarlo. ¡Eh, muchachos!, que he estado con Gordon, mi héroe. ¿Con Flash Gordon? No. ¿Con Gordon's, el de la ginebra? Qué va. ¡Con Noah Gordon!, el autor cuyas historias tantas horas le han robado a mi sueño. Total, que propone que nos acomodemos en su hábitat

"KOSHER" Y CANTAR

Guillermo Fesser visitó a Noah Gordon en Massachusetts

Se cumplen veinticinco años de la publicación de "El médico" y Roca Editorial le ha preparado a Noah Gordon una reedición de sus obras que es también un homenaje al autor y a una de las novelas más leídas y recordadas de finales del siglo XX. Enviamos a Massachusetts, a compartir una mañana con él, a uno de sus lectores incondicionales: el guionista, escritor, periodista, director de cine, humorista (y lo que le echen) Guillermo Fesser. Dios los cría y nosotros los juntamos. **texto GUILLERMO FESSER fotos PAU SANCLEMENTE**

natural: la biblioteca que él mismo se ha encargado de poner en marcha. "Aquí es donde se está más a gusto", afirma al tiempo que me confiesa ser un lector empedernido. Y recalca: "Especialmente en días desapacibles como éste". Noah compra, selecciona y recomienda títulos. La última adquisición, *Lord of Misrule*, es una historia de caballos que le tiene fascinado. "Voy a prender la chimenea", me indica, y aprieta un mando a distancia que enciende automáticamente unas llamas de gas, azules y palpitantes, que hacen juego con su mirada curiosa. "Usted me dirá...", deja caer mientras observa las repisas. Sospecho que, de soñar con el paraíso, este hombre ha de imaginarse a los ángeles con tapas duras y el nombre de un taller gráfico estampado en el reverso.

"Pues hemos vuelto"

Aprovecho la presencia de Lorraine, la mujer que le animó a dejarlo todo por la escritura en los 1960, y le pido que se remonte a sus comienzos. "Mi padre pensó que estaba loco", me confiesa. "¿Cómo vas a pagar la hipoteca?, ¿cómo vas a mantener a tus hijos? Al día siguiente de la publicación de *El Rabino*, mi primera novela, salió una crítica devastadora en *Newsweek*. Posiblemente la peor que he tenido en toda mi carrera y fue justo la única que leyó mi padre. Me llamó enseguida para darme su veredicto: te lo advertí, hijo mío". Pero el resto de las críticas fueron excelentes y el libro se mantuvo veintiséis semanas en la lista de más vendidos del *New York Times*. "Gracias a ello, mi pobre padre, que a sus setenta y

pico años necesitaba seguir trabajando en una casa de empeño, pudo al fin jubilarse. Ese ha sido, sin duda, el mayor premio literario que me ha concedido esta profesión". Como el encuentro coge un tono cálido, me permito bromear y le comento: "Bueno, señor Gordon, al grano, usted y yo sabemos que la idea de *El Médico* fue de su mujer...". Pero Lorraine lo niega tres veces y afirma que sus dos hijos sí que tienen vinculación laboral con el padre. Lisa es su editora y Michael, su agente. Éste último, afincado en Barcelona, ha conseguido aficionar a Noah al buen vino tras hacerle probar una botella de Muga. "La primera vez que pisé España fue un 12 de octubre. Se celebraba que Colón descubrió América. Se celebraba que hacía casi quinientos años que habían expul-

sado a los judíos. Miré a mi mujer y le dije: pues lo siento mucho, pero hemos vuelto”. Noah creció con vino *kosher*, demasiado dulce, y sólo apto para las celebraciones. Pero ahora, cuando almuerza en el restaurante de la urbanización, en el que por cierto no sirven alcohol, se trae su propia botella de casa. De hecho hoy, como ha decidido invitarme a compartir mesa, ha venido con un ejemplar argentino que se está tostando por la cercanía de las llamas. “Hace un poquito de calor, ¿no?”, me pregunta. ¿Un poquito? Yo tengo los sesos pegados a la nuca. Apaga la chimenea con otro golpe de *maglic* y continuamos.

Me cuenta que Michael asiste a un congreso sobre *ebooks* en Manhattan. Un concepto, el del cambio tecnológico, que le provoca a Noah una sonrisa pícaro. Le veo venir: “Compré mi primer ordenador al principio de los 1980. Vivíamos en medio de un bosque perdido en las colinas de Berkshire. No había nadie a quien consultarle las instrucciones y tuve que aprender a manejar aquel instrumento infernal yo solo. Pasé semanas perdiendo el tiempo con errores estúpidos y sin poder terminar una línea. Hasta que una mañana respiré hondo y comencé a escribir *El Médico*. Recuerdo que tardé una eternidad en pasar todas mis notas. Luego se me olvidó salvar el documento y perdí toda la investigación. Así que decidí considerarme oficialmente inútil y me tiré a escribir por las bravas. ‘Capítulo 1: Aunque en su ignorancia Rob J. consideraba...’. Mi hija Lisa todavía me recuerda que, acostumbrado a mi vieja máquina de escribir Remington, le metía un manotazo con la mano derecha al ordenador cada vez que tenía que pasar línea. En la embestida, los dedos repasaban un montón de teclas y convirtieron el documento en una pesadilla estilística para ella a la hora de revisarlo. Claro que –añade sarcástico–, si comparamos las ventas de *El Médico* con las del resto de mis obras... ¡ojalá las hubiera escrito todas con la misma técnica!”.

Periodista por cualificación

Se cumplen veinticinco años de la publicación de la extraordinaria epopeya que lleva a un joven inglés del siglo



Guillermo Fesser y Noah Gordon mantuvieron un afectuoso encuentro.

Su padre fue desde Rusia hasta Holanda caminando para poder emigrar a América.

XI a recorrer medio mundo para ingresar en la escuela médica persa del gran Avicena. Una odisea cuyos datos nacen de la fiel investigación pero cuyas emociones emanan de la propia historia familiar. “Mi padre emigró a Estados Unidos cuando tenía 12 años. Vivía con sus dos hermanos en Rusia, en un pequeño gueto judío. Mi abuelo marchó a Sudáfrica para abrir una tienda en un yacimiento de diamantes y mi abuela murió en la epidemia de gripe. Mi abuelo les mandó dinero para los pasajes con el mensaje ‘Buscadme en Nueva York’. Los tres niños atravesaron a pie Europa hasta llegar a Holanda. En el puerto de Ámsterdam permanecieron toda la noche en vela, abrazados, porque no tenían donde caerse dormidos. Nada más desembarcar en América, alguien arrojó una pila de periódicos a los pies de mi padre y le conminó: ‘Si quieres ganar dinero, chaval, comien-

za a repartirlos’. Así empezó”. Y de este modo, también, recuerda Noah Gordon sus comienzos: con escasez de dinero pero con abundancia de cariño. En un barrio obrero de Worcester, a media hora de Boston. Con casitas de ladrillo de tres pisos y una tienda de ultramarinos en la esquina, regentada por su tío Ike, que al otro lado del mostrador les cantaba arias de ópera a sus clientes.

El trasfondo médico de su éxito editorial también se remonta a esa época. Sus padres veían en la profesión de doctor un escape a la pobreza y le presionaron para que estudiase medicina, pero Noah tenía muy claro que lo suyo era el periodismo. Lo supo a los 8 años cuando en la verbena colocaron un poste con cintas de colores a las que se agarraban las parejas para bailar. El periódico mandó un fotógrafo a cubrir el acto y Noah dedujo que no podría existir mejor profesión que la



El médico
Noah Gordon
Roca
740 págs. 22 €.

de ser testigo de acontecimientos maravillosos. Empezó periodismo y cada noche, al llegar a casa, sus padres le sermoneaban para que se cambiase a medicina. “A los dos años tiré la toalla y me matriculé en Psicología. Ellos se alegraron pero a mí no me convenció; así que, sin comentarles nada, volví a apuntarme a periodismo”. Terminada la Segunda Guerra Mundial, el mundo experimentó una explosión en el campo de la ciencia. Los hospitales de Boston comenzaron a operar a corazón abierto y a trasplantar riñones; el Instituto Tecnológico de Massachusetts empezó a experimentar con el rayo láser; nació la época nuclear... y no había periodistas cualificados para cubrir las noticias. “Los mismos que ayer narraban sucesos tenían que escribir hoy sobre física cuántica. Así que atisé un hueco. Me apunté a un curso intensivo de la universidad de Harvard. Luego a otro en Nueva York y me convertí en el editor de la sección de ciencia del *Boston Herald*”.

No son churros, son libros

Esa preparación exhaustiva, le digo, explica el manejo de datos que destila una obra como *El Comité de La Muerte*, pero *El Médico* parece otra cosa. Se aprecia en el protagonista una intuición para sanar que tiene más que ver con quien se ha visto obligado a tomar decisiones para salvar vidas. Levanta las cejas. “Aaaamigo...”. Y entonces me habla de Ashfield, el pueblecito en el que los Gordon pasaron diecisiete años de su vida. “Allí no había doctor y creo que aún siguen sin tenerlo. El servicio de urgencias consistía en una ambulancia aparcada en el hangar de los bomberos con la que conducir a los pacientes hasta Greenfield: veinte millas de camino, treinta minutos al volante. Durante nueve años fui el conductor voluntario. Sobre el capó de la ambulancia tecleaba mi Remington y, cuando saltaba la alarma, la enfundaba y acudía a recoger a los heridos. Tuve oportunidad de asistir un montón de casos: infartos, caídas, accidentes de tráfico o cazadores heridos por un disparo. Siempre temeroso de que se me muriese alguno por el camino pero, por suerte, nunca ocurrió”. Se le escapa un suspiro y la vista, por la ventana. La sigo. Termina

en una explanada cubierta de nieve: el huerto.

Así que, entre libro y libro, planta usted tomates allí enfrente. “Y calabacines. Y pimientos. Y judías verdes”. ¿Y eso? “Durante la Segunda Guerra Mundial, mi padre me convirtió en agricultor por decreto ley. Pasábamos hambre y teníamos un descampado delante de casa; así que me dijo ‘Ale’. Yo me aficioné y hasta ahora”. Lo vive. Si su hijo le introdujo en el vino y escribió *La Bodega*, imagina el pedazo de libro que puede salir como alguien le descubra el secreto de los calçots en el próximo San Jordi... Festividad que recuerda con cariño y en la que un fan le preguntó por el secreto para escribir *best sellers*, ya que él también se quería poner a ello. “Como si mis libros fueran churros, que se hacen dando una vuelta de manivela...”. ¿Y qué le respondió a semejante batracio? “Que el secreto consiste en dedicar cuatro años a escribirlos”. Y claro, al otro se le quitaron las ganas. Es lo malo de

la literatura, que nadie te garantiza el éxito. Ni aunque te apellidos Gordon. Una productora alemana va a llevar *El Médico* a la gran pantalla y Noah ha elaborado el guión con su hija. “Pero dicen que no es suficientemente cinematográfico. Lo están reescribiendo. Acostumbrado a lidiar conmigo mismo, en el cine hay que sentarse con seis tipos sesudos que opinan que sí verde, rojo o mejor azul oscuro. Aún no tienen reparto pero sí las localizaciones: Rumanía, Inglaterra, Alemania, un país pequeñito de esos que terminan en -istán y Marruecos”. Pues habrá que celebrarlo, le digo; en parte por un sincero entusiasmo y, en parte, porque una vez más el proyecto me ha venido grande y se me han acabado las preguntas. “¿Probamos ese malbec?”, suelto para salir del atolladero. “Sí, sí, vamos a comer”. Pues vamos y por el camino, ya *off the record*, le insisto a Lorraine: “Entonces, ¿de verdad que el chiquillo no ha copiado la idea de ningún sitio?”. ■

EMOCIÓN EDITORA

Hacía poco tiempo que Grupo Zeta había comprado lo que quedaba de Bruguera y había creado Ediciones B. Parte del equipo venía de Bruguera; yo empecé encargándome de la prensa y la promoción (todavía no se usaba la palabra *marketing*), no sabía nada del negocio editorial, pero era licenciada en Económicas y leía muchísimo.

Ediciones B empezó a publicar los tebeos de Mortadelo, Zipi Zape, etc. Pero no publicábamos novela histórica; al pertenecer a un grupo de comunicación, la primera colección fue de ensayo periodístico (Reporter) y, después, novela negra (Cosecha roja). Pasado un tiempo, Silvia Querini, que era editora, compró los derechos de un autor desconocido, Noah Gordon, y una novela titulada *El médico*.

En aquella fecha yo estaba a punto dar a luz y cogí la novela para leerla en mi baja maternal. Recuerdo perfectamente la portada: fondo blanco y una serpiente de colores que iba de abajo arriba. Una portada que, vista hoy, parece fuera de lugar y que no transmitía lo que era la novela. Tras muchos años de experiencia, puedo decir que hoy sería impensable publicar esa cubierta.

No obstante, recuerdo que la lectura de *El médico* me absorbió; retomaba el libro en todos los momentos que mi hija recién nacida me permitía.

El equipo comercial de la editorial leyó la novela y pensó que tenía los ingredientes necesarios para convertirse en un *best seller*; los lectores lo confirmaron y hubo algunos libreros que también apostaron por ella desde el primer momento (como la librería Maite de Barcelona). La crítica es la que no valoró la novela hasta mucho después.

El médico encumbró a Noah Gordon a los primeros puestos, y durante años ha sido uno de los libros más pedidos en las bibliotecas y más leídos según las encuestas

de los hábitos de lectura. En 1999, los libreros españoles que participaban en la Feria del Libro de Madrid calificaron *El médico* como uno de los diez títulos más apreciados de todos los tiempos

El protagonista, R.J. Cole, con un sueño que cumplir; la época, el siglo XI; el viaje desde Inglaterra a Isfahan para conocer a Avicena, y una buena historia es lo que los lectores de más de una generación han sabido valorar en esta novela.

Al poco tiempo, y cuando *El médico* era ya un éxito, invitamos a Noah a venir a España y pude conocer a un hombre sencillo, apasionado de la literatura, que transmite muy bien los sentimientos, y sobre todo una gran persona, que sabe valorar la amistad, al que le gusta charlar saboreando un buen vino y con una curiosidad infinita por conocer todo lo que le rodea.

Más tarde rescatamos las novelas previas a *El médico* y, después, *Chamán* y *La doctora Cole*, que conformarían la *Trilogía de la familia Cole*.

Desde su primer viaje se declaró un enamorado de España y por ello ha ido aprendiendo su historia, sobre todo la relacionada con la expulsión de los judíos: viajó a Toledo para investigar para *El último judío* y, años después, fue a visitar viñedos para la documentación de *La bodega*. Y fue durante la negociación de esta última novela cuando me dio la alegría de querer publicar la novedad y todo su fondo en Roca. Por casualidad, el director de esta revista fue testigo de las lágrimas de alegría que se me escaparon en un almuerzo de trabajo cuando me llamó Noah para comunicarme que se venía con nosotros por fidelidad y confianza, lo cual me sigue llenando de orgullo.

Blanca Rosa Roca

